

EVOCACION DEL BARON ALEXANDER VON HUMBOLDT

SIEGFRIED STRIEGEL

Optómetra de la Casa Zeiss, Miembro de
la Casa Humboldt, de Bogotá

Hacer la biografía de un personaje célebre, de una figura prócer cuyo escenario haya sido el mundo de la política, de la ciencia, del arte, etc., es tarea difícil en los aspectos de su aceptación por el lector universal: el ideario y la realidad integrantes de aquella vida ofrecen tal multitud de facetas y de ángulos que si se entra a enfocarlos y analizarlos en su totalidad, una monotonía irresistible acabará por ahuyentar el interés y la atracción de aquella obra. Tal vez sea más atractivo y más eficaz para el conocimiento y valoración del gran personaje mostrar la forma y medida de nuestra vinculación devota de su grandeza, así sea lo asentado simplemente en lo sentimental o en lo intuitivo.

La escuela a que asistí de niño distaba un poco de la casa hogareña; el camino lo recorría, naturalmente, con desagrado. En un buen trecho se llamaba la Vía Humboldt, y como terminaba en la propia escuela, ésta, llevaba el mismo nombre. Qué significado podría tener ese nombre, que no fuera el del fastidio, para un escolar de primeras letras? Y así pasaron años. Sólo al llegar a los cursos de geografía, cosmografía, y oír hablar de climatología y oceanografía, de isoterma, y de quien inventó esos términos científicos, y de la "Corriente Humboldt" en las Costas del Pacífico, empecé a familiarizarme con el nombre ilustre. Más tarde aprendí que el uso comercial del guano, especialmente para abono, fue un descubrimiento de Humboldt. En esta forma vine a darme cuenta de por qué aquella aborrecida escuela llevaba el nombre del sabio.

Por casualidad, años después, al tomar un libro de la biblioteca de mi padre, abriéndolo al azar, leí en una de sus páginas:

Así como esto debió ser el Paraíso. Los caimanes asoleándose, tendidos en los bancos de arena. A uno le calculé unos 7 mts. de largo. Por la noche los anfibios llegaban a la orilla, se quedaban durante horas mirando las hogueras que cercaban el campamento. En esas noches la selva palpataba de vida. La quietud rienaba hasta la media noche. De pronto, en el vasto silencio resonó un rugido prolongado que nos espantó el sueño para el resto de la noche. En medio de los innumerables ruidos y de las voces de la fauna salvaje, los indios rumberos reconocieron las del tigre y del jaguar, el gruñido de los zainos, el alarido del perezoso y el carraspeo de los sapos, y otros muchos. Cuando algún felino se atrevió a acercárseles, el perro que ladraba furioso cambió de tono y empezó a aullar quedo y corrió a meterse bajo las hamacas.

Con el interés que este trozo del libro me inculcara ya no quise soltarlo hasta darle fin; y tan embebido estuve que no me preocupé por saber quien era el autor del relato. Lo supe, sólo, al cerrarlo: era el Barón Alexander von Humboldt. Desde ese mismo punto y

hora me dediqué a sus libros de viaje por Sur América, México, Rusia, y en general a todas sus páginas y descripciones de la naturaleza. Y me convertí en un profundo admirador del hombre y de su obra.

Pasados unos años, y con ellos la curiosidad y el entusiasmo juveniles, olvidé completamente a mi personaje. Hasta que vine a Colombia.

Cuando el barco avistó los muelles de la histórica Cartagena de Indias, al punto recordé la descripción que mi sabio conterráneo hizo de su propia llegada a estas tierras:

30 de Marzo de 1801; Domingo de Ramos; llegamos al puerto de Cartagena. Poco antes habíamos corrido dos aventuras peligrosas. Navegando contra el viento habíamos intentado entrar al puerto, pero el mar estaba terriblemente picado. El pequeño barco que nos trajo de Cuba casi no podía resistir el oleaje que lo inclinó de babor; una mole de agua nos cubrió; pero el piloto se mantuvo firme en su puesto. De pronto dijo: —Nos hemos quedado sin timón. Todos creímos llegado el final. Como último recurso cortaron la vela, con lo que la nave quedó a merced de las olas. Una de éstas, enorme, la levantó. Nos salvó una pequeña colina que vino a hacer de barrera contra el viento. Como había eclipse de luna, decidí observarlo. Un bote me llevó a la orilla. Ibamos ya a desembarcar cuando oímos un ruido de cadenas. Armados de grandes cuchillos salieron del rastrojo unos negros gigantes, seguramente escapados de sus barracas; y al vernos sin armas intentaron quitarnos el bote; tuvimos que alejarnos rápidamente de la orilla y esperar el momento de llegar a la costa.

Todo esto lo recordé mientras llegaba a Cartagena en forma completamente diferente.

Humboldt y Bonpland, su compañero, querían ir primeramente a Panamá, y luego al Ecuador, entrando por Guayaquil; pero, por otra parte, el Barón quería encontrarse con el ya ilustre sabio Mutis en Santa Fe; y acabó por no resistir la atracción aventurera de cruzar los Andes.

En aquellos tiempos viajar de Cartagena a Santa Fe era algo muy desigual con las posibilidades de hoy. Y cuando el DC-4 tomó altura y enrumbó a la sabana me di a mirar allá abajo, abismalmente abajo; las selvas, el río, sus caños y pantanos; y volví al recuerdo de Humboldt y de sus aventuras. Los dos famosos naturalistas habían hecho un viaje muy diferente. El pesado cargamento de sus equipos lo despacharon a Quito vía Guayaquil; adquiriendo un "cayuco", se metieron, a lo Jiménez de Quesada, por la desembocadura arriba del Río Grande de la Magdalena, y a palanca y canaleta,

con selva a lado y lado, hicieron centenares de millas para ganar los Andes Orientales. Mientras los bogas hacían su rítmica faena, Humboldt medía las curvas del río; Bonpland en tanto recogía frutas tropicales y coleccionaba plantas. A los cincuenta y cuatro días de viaje arribaron al caserío de Honda. Allí estaba la Cordillera Oriental. Las descripciones de esos lugares sugieren que para Humboldt fueron como un edén del reino vegetal. Más allá cuajaba la selva donde crecía el árbol productor de la cinchona, con cuya savia y corteza los indios preparaban brebajes infalibles contra las fiebres. Fueron estos dos viajeros del Nuevo Mundo los que dieron a conocer de Europa esta maravillosa riqueza suramericana. El 22 de Junio de 1801, tras una corta permanencia en Honda, entró en crescendo la aventura: el viaje a caballo hacía Santa Fe.

El camino se hacía por valles profundos y cornizas roqueñas, tan estrechas, que a veces no dejaban pasar las mulas cargadas. Ganada por fin la altiplanicie, el recibimiento inicial estuvo a cargo de los vientos paramunos. Pero el paisaje que se ofreció a sus ojos fue espléndido: cielos abiertos y sabanas vastas y fértiles, donde menudeaban las poblaciones de los nativos. Santa Fe les hizo un recibimiento de héroes. El Arzobispo les envió su propio carruaje; y tuvieron como séquito lo más noble y luciente de la metrópoli. El ágape del encuentro se sirvió dos milas antes; y una vez en el recinto de la ciudad todas las atenciones fueron pocas para quienes ya habían visitado a Cuba y Venezuela, y atravesado el Orinoco, y acababan de remontar al Magdalena. El sabio Mutis les arregló albergue contiguo a su propia casa. El Padre de la Expedición Botánica, que a la sazón tenía 72 años, hizo con ellos grandísima amistad, y naturalmente los puso al corriente y detalle de la labor científica realizada hasta entonces. Mientras Bonpland se recuperaba de fiebres y de achaques, Mutis y Humboldt dialogaban sobre sus experiencias. Otras veces recorrían los contornos en procura de datos y especímenes botánicos y geológicos.

Mientras con la memoria estuve volando sobre los recuerdos, el vuelo que me traía a Bogotá llegaba a su término fácil y felizmente. Y al darme cuenta de ello sentí sonrojo, un sonrojo que quería ser un tributo. Tanto más cuanto que mis propósitos y afanes al venir a Colombia no eran precisamente los que habían traído a mi egregio compatriota. Pero al menos la magnitud del contraste sirvió para infundirme el anhelo de hacer algo siquiera mínimamente parecido.

Igual que todo extranjero, empecé por asimilar la vida ambiental, para después buscar los motivos de interés, naturales, históricos, artísticos, científicos. Se comienza normalmente con viajes de recreo, a admirar poco a poco las maravillas del mundo tropical; pero en fuerza de la costumbre y una vez aclimatados al medio, se acaba por incurrir en el mismo pecado: pasar mirando sin ver esas maravillas, cercanas o distantes, grandes o imperceptibles.

Hasta que un día se me busca y encarga hacer reproducciones de algunos documentos. Y otra vez la figura central de mi labor es Humboldt, en su nombre y sus autógrafos; la reproducción era de documentos concernientes a su permanencia en Colombia. El ancestral interés y el entusiasmo en torno al insigne viajero

alcanzaron entonces su mayor grado. Realizadas las reproducciones me entregué a la búsqueda de sus libros. Al término de su lectura híceme la reflexión de que los estudiosos de nuestro tiempo, los investigadores de hoy en día actúan con objetivos de especialización y se dedican a una sola y determinada cosa. Por eso hemos perdido el sentido panorámico y la amplia visión de lo humanístico, delimitando y reduciendo los horizontes a dimensiones mínimas. De donde resulta el enorme contraste del sistema actual en la investigación científica con lo que lograba abarcar el desvelado espíritu de aquel gran sabio. En ello radica el fundamento de la universalidad, de la comprensión ecuménica e indivisible que de la naturaleza tuvo aquel insigne hombre.

Dejando en este punto los rasgos someros de su biografía, enumeremos, para magnificarla, lo permanente y trascendental de ella: sus obras, testimonio y monumento de su genio. Por ejemplo: en antropología y arqueología. En estos renglones Humboldt avanzó extraordinariamente en la observación y definición de los pueblos americanos; llegó a la conclusión de que los pueblos aborígenes de América, procedían del Asia; buscó e identificó los rastros arqueológicos de Incas, Mayas y Aztecas; formó colecciones de manuscritos y objetos manufacturados por ellos. Fue el primero en establecer, como geógrafo, la influencia de los factores fisiológicos en el desarrollo de las viejas culturas, despertando con ello en torno suyo resentimientos raciales en quienes lo miraron como personero de pueblos y naciones ignorados aun. En asocio de Laplace estudió y confrontó astronómicamente el enigmático Calendario Azteca, labor que constituyó la piedra sillar para su obra sobre las fuentes de la Astronomía precolombina, incorporada en "El Kosmos", uno de sus mejores libros. Y siempre en sus enfoques sobre el contenido material y espiritual del universo, buscaba ante todo la perspectiva histórica. El consorcio de labores botánicas con Aimé Bonpland dio como resultado la recolección de más de 60.000 plantas, 3.500 de las cuales constituían especímenes desconocidos. Sus investigaciones sobre las variedades de la *hevea* amazónica, lo mismo que sobre la *cinchona*, despertaron e impulsaron el interés industrial y el tráfico de producción. Fundó una sociedad geográfico-botánica para estudiar y divulgar las posibilidades todas de aprovechamiento de los productos naturales. No menos encomiable fue su labor de cartógrafo, concerniente a grandes zonas continentales de Centro y Sur América. Débese a él, finalmente, el primer impulso para el estudio de la climatología.

Todo lo anterior tenía como lógica y suficiente base su versación de geólogo, adquirida desde sus primeros años de estudio. Sus excursiones en los Montes Urales le rindieron como recompensa el encuentro de vetas diamantíferas. Fue de los primeros en escalar el Chimborazo, lo que despertó el interés científico y la curiosidad viajera por las cordilleras andinas. La ictiología le debe un gran estudio sobre la respiración bronquial; la geofísica, las mediciones magnéticas; la meteorología, la formulación de una teoría sobre la composición físico-química del aire. Todo lo que hizo fue de magnitud y trascendencia.

Tras la lectura de cuantas páginas escribió Humboldt en la Nueva Granada, siguiéndolo paso a paso en todos sus itinerarios, por caminos que él dibujó y midió, Co-

lombia se me presentó acrecentada y embellecida y más atrayente que nunca. Cuántas veces había cruzado el Quindío y pasado frente al Tequendama, sin percatarme de las maravillas que al cabo de siglos Humboldt me enseñaba a ver. Oigámosle describir su paso del Quindío:

“El 9 de Septiembre de 1801 salimos de Bogotá rumbo hacia el río Magdalena. Llevábamos víveres para un mes, porque habíamos de recorrer tierras despobladas. Camino de Ibagué, empezamos a subir la Cordillera. Caminábamos bajo arcadas de palmeras cuyos troncos eran como de marfil. Entre la vegetación destellaban, en lindos colores, las orquídeas y las fucsias. En lo alto del páramo del Quindío, a 3.400 mts., nos azotó un tremendo viento frío. El escarpado descenso hacia Cartago fue peor aun que las lluvias permanentes. A cada paso surgían los pantanos cubiertos de guadales en cuyos garfios se nos desgarraba la ropa y no pocas veces la propia carne; hasta llegar a Cartago descalzamos y sangrando porque en ningún momento permitimos que se nos llevara a lomo humano, como sí lo hacían los Inspectores de las minas, convirtiendo a los indios en cabalgaduras. Los cargueros iban casi agobiados, portando su pesada carga y sosteniéndose con bastones”. El respeto a la dignidad del ser humano le impedían a Humboldt dejarse llevar en esta forma.

Por Cartago penetraron al Valle del Cauca y siguieron luego a Popayán donde se quedaron todo el mes de Noviembre. Allí efectuaron el ascenso al volcán del Puracé, donde Humboldt hizo un análisis físico y químico de los vapores.

Para eludir la travesía por el Valle del Patía, semillero de fiebres, donde —al decir de Humboldt— se las coge en una noche pero duran 3 ó 4 meses prefirieron traspasar la Cordillera y llegar por fin a Pasto, al pie del Galeras. He aquí su relato:

Selvas espesas, llenas de pantanos donde se hundían las mulas hasta el vientre; valles profundos y desfiladeros que parecían entradas a una mina, y por todas partes osamentas de animales que murieron extenuados o emparamados. Los Andes están siempre flagelados por lluvias tempestuosas, por nevadas, donde las rachas se mezclan con la evaporación volcánica como para dar la sensación de atravesar recodos del infierno. Humboldt pasó en Pasto la Navidad de 1801, y a comienzos de 1802 enrumbó a Túquerres, llegando cerca del volcán.

Todo esto relatado en largos trazos y duras palabras mal pueden dar la medida inmensa del trabajo, del esfuerzo agotador, de las penalidades tremendas que sin embargo nunca lograron mellar el espíritu de aquel caballero andante de la naturaleza y de la sabiduría. Su fervor por estas cosas no se resignaba como hoy nosotros, a la literatura sobre ellas: bajaba al Salto del Tequendama para dibujar con su propia mano esa maravillosa presea de la tierra colombiana. Dibujó también el Puente natural de Icononzo; paso a paso, en la literalidad de la expresión, atravesó el Quindío; contempló la cascada del río Vinagre; holló las nieves del Puracé, delineando hábilmente sus contornos, sus escarpas. Y lo mismo hizo con la vestimenta indígena, con toda clase de plantas y especímenes botánicos y zoológicos.

Los mayores índices de su labor científica puede enumerarse así:

Florae Friberjensis (1793);

Experimentos del efecto galvánico sobre las fibras de los músculos y nervios (1797);

Experiences sur les moyens cudiometriques et sur la proportion des principes constituants de l'atmosphère. Humboldt et Gay Lussae (1805);

Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent fait en 1799, 1801, 1803 et 1804 por Alexander de Humboldt et Aimé Bonplan (1807);

Estudio sobre la situación general del Reino de Nueva España (1809-14);

Descripción de las Cordilleras y monumentos de los pueblos americanos (1810);

Las isothermas y la distribución del calor sobre la tierra (1817);

Sobre la formación de los volcanes en las diferentes partes del mundo (1823);

Estudio sobre la situación política de la isla de Cuba (1826);

Fragmentos sobre la Geología y la Climatología del Asia (1831);

Asia Central (1843);

Kosmos (1845).

Humboldt nació en Berlín en 1769; su familia era de alcurnia, contaba en los altos círculos de la Corte Imperial. Con maestros privados hizo sus primeros años de estudio; desde ellos evidenció un gran amor por la naturaleza, que fue el gran destino de su vida. Pasó luego a la Universidad; cursó en la Academia de Friburgo y ejerció el cargo de Asesor de minas. En 1799 visitó a España, punto obligado de embarque para Sur América, en un viaje científico de 5 años y al costo del cual dedicó gran suma de sus bienes. Al regresar, la cosecha científica dio para publicaciones que le reembolsaron y compensaron ampliamente aquellos gastos. Largos años vivió y trabajó en París bajo el imperio de Bonaparte. Volvió a Berlín donde Federico Guillermo III lo llamó a su servicio.

La segunda salida de Humboldt fue a Rusia en cuyas fronteras con China descubrió los diamantes del Ural. Tornó a Berlín, a la sazón bajo el reinado de Federico Guillermo IV. En Mayo de 1859 dejó de existir.

El nombre de Humboldt pertenece no solamente a los ámbitos alemanes de la ciencia, sino a la universalidad, como el de ninguna otra eminencia de su raza. En Europa, en el Asia, en América, a modo de gigantes consagraciones de su nombre, lo llevan un sinnúmero de sitios: la Corriente de Humboldt, en el Pacífico suramericano; el Glacial de Humboldt, en Groenlandia; la Cadena de Humboldt, en la orografía de China; el Lago salino de Humboldt, en Nevada, Estados Unidos; el Parque Nacional de Humboldt, en California. Honor y loor a su memoria al cumplirse la primera centuria de su muerte.

Reproducción facsimil del Mapa de Colombia, formado según las observaciones e indagaciones astronómicas de Humboldt, y que sirvió para ilustrar el Tomo Tercero del Viaje a las Regiones Equinoxiales del Nuevo Continente (París-1826).

